

GLOSAS Y COMENTARIOS

EL IDEAL PROFESIONAL EN EL MUCHACHO OBRERO

NO hemos dudado nunca del sincero deseo y de la eficaz labor de nuestros organismos rectores en todo cuanto se relaciona con la formación integral de la juventud obrera. Son muchos los testimonios que poseemos; enumeremos algunos:

Impulso y multiplicación de los establecimientos dedicados a la Enseñanza Profesional. Leyes y reglamentos de protección y limitación de trabajo juvenil. Instituciones recreativas y políticas de educación. Expresión autorizada de estos sentimientos en multitud de discursos y actos oficiales. Facilidades dadas a los sacerdotes en su labor de instrucción y formación religiosa. Concursos de formación profesional. Todo ello, sin duda, produce y ha producido ya copiosos frutos, he aquí los principales:

Es innegable que nuestros jóvenes viven en un ambiente exterior de moralidad muy superior al que se vivía en España en los años anteriores a la guerra. Bastará recordar para confirmar este aserto la literatura pornográfica que se exhibía y vendía abiertamente en los quioscos callejeros de cualquiera de nuestras ciudades. Otro tanto podemos decir de los teatros de revistas y de su escandalosa publicidad mural. En Madrid solamente existían en aquellos años diez o doce salas dedicadas exclusivamente a este género de teatro. La instrucción religiosa durante la primera enseñanza es hoy sin duda un fundamento bien firme de mejoramiento moral que todos debemos agradecer. El contacto del muchacho obrero con el sacerdote desde su primera infancia hace que se establezca generalmente una fuerte corriente de simpatía, que servirá más tarde para amortiguar, si no es bastante

para anular, muchos de los prejuicios y críticas que tendrá que oír contra el clero y la Iglesia. Es también innegable el bienhechor influjo de la ausencia de una propaganda antirreligiosa y anticristiana, que tal fácilmente penetra e influye en mentalidades juveniles no llegadas aún a su madurez.

Todo ello, repetimos, son copiosos frutos que no podemos dejar de estimar y agradecer. Pero cabe preguntarse si nuestro sistema educativo no puede mejorarse más, y si no es conveniente examinar, con toda objetividad, algunos obstáculos principales que los sacerdotes dedicados a esta labor encontramos en nuestro camino, y cuya superación no nos es posible alcanzar por nuestros propios medios. Nos referimos a la pérdida de ideales de muchos de nuestros jóvenes trabajadores y su funesto influjo en su proceso educativo. A aportar un poco de luz en este sector tan trascendente de nuestra educación nacional se encamina este trabajo.

Son las experiencias de siete años de labor ininterrumpida entre esa juventud trabajadora, realizada en una gran Empresa Metalúrgica en condiciones ciertamente muy favorables. Cantidades de muchachos han pasado estos años a través de nuestras clases y de nuestro gabinete de trabajo. Son muchas las confianzas recibidas y muchas también las observaciones personales realizadas. Otras sugerencias son fruto de nuestro constante intercambio de impresiones con otros consiliarios y educadores de la juventud trabajadora. Quizá puedan también algo enriquecer estas páginas nuestro contacto con los grupos de muchachos obreros de una Parroquia del suburbio, donde hemos trabajado y aún trabajamos en esta misma labor educativa de la juventud popular.

Tres principios fundamentales.

Estos principios son imprescindibles para tener norte y guía en esta nuestra obra educacional.

La mayor parte de estos principios han sido formulados repetidamente en países extranjeros. Constituyen el fundamento de los movimientos especializados de la A. C. O. No dirán, pues, nada nuevo a nuestros queridísimos compañeros de sacerdocio que trabajan entre la juventud obrera; pero sí creemos conveniente recordarlos para la finalidad de este artículo, y, sobre todo, para su consideración por aquellas otras personas, ajenas a nuestro ministerio, que se interesan ciertamente por los problemas de la juventud trabajadora.

1.º Los muchachos obreros tienen una vocación ineludible que realizar como hombres creados a imagen y semejanza de Dios. Son hijos de Dios, con una misión temporal y eterna que cumplir. Este principio no cabe concretarlo más: Dios Nuestro Señor ha destinado a esos jóvenes obreros: Luis, Pedro, Andrés... (supuesta su no vo-

cación para un destino más alto), a ser los jefes y cabezas de los hogares obreros del mañana. En éstos, sus futuros hogares, Dios Nuestro Señor multiplicará la vida, y sus hijos serán lo que sean ellos. ¡Tremenda responsabilidad! Crear hijos: que podrán ser mañana sacerdotes, misioneros, dirigentes cristianos, padres de familia, obreros calificados; o bien elementos nulos, deseducados, irresponsables, que vendrán a engrosar en su adolescencia la gran masa proletaria, materialista, osca, de los eternos amargados y rebeldes.

2.º Esta sería formación vocacional comienza muchos años antes del matrimonio; supone una verdadera formación intelectual, afectiva y volitiva. Se requiere que descubran su finalidad y la amen; que así mismo ejerciten su voluntad con la aceptación de sus responsabilidades profesionales y sociales. Supone también una educación afectiva con nociones sobre el amor cristiano, finalidad y objeto de las relaciones prenupciales, preparación pre-matrimonial, cuyo elemento primordial es el logro de una castidad consciente y viril.

3.º Los muchachos de catorce y dieciocho años se hallan en plena edad crítica para alcanzar esta su formación física, profesional y moral. Es la edad difícil y decisiva de las crisis puberales. Los adolescentes de otras clases sociales atraviesan este mismo período bajo la vigilancia cuidadosa de sus educadores, muchas veces religiosos especializados, en cuyos colegios hay una estrecha vigilancia atenta a cualquier influencia que pueda dañar o perjudicar a sus educandos. La fábrica es el "colegio" del adolescente obrero; no hay que olvidar este punto, que tan oportunamente recoge la Legislación española sobre aprendices.

Tras estos principios doctrinales cabe exponer otra verdad de experiencia que también aparece clara e inconfusa: La vida del muchacho trabajador se desarrolla en tres ambientes o medios que en definitiva le formarán, o al menos, dejarán profunda huella en su formación: el suburbio, las diversiones y la fábrica. En otros términos, los ejemplos y criterios de los padres, los amigos con quien se reúnan para divertirse, los operarios y jefes con quienes trabaja. Todo ello es su "mundo". Mundo que constituye también el cine, las novelas, las revistas, etc.

Un estudio detenido de la influencia ejercida por la familia y las diversiones nos llevaría demasiado lejos. No es este nuestro intento, sino concretarnos más a las influencias que ejerce la actual estructura de la empresa y el sistema laboral español. Con todo, algo hemos de decir (aunque sólo sea de paso) de la familia y de las diversiones. Es clara la mutua dependencia de estos tres factores, y por lo tanto es imposible hablar de uno sin referirse indirectamente a cualquiera de los otros dos. Son los "Seminarios" de la juventud obrera; es decir, los moldes donde se formará y cristalizará el futuro obrero español.

Influencia de la empresa.

Nuestros años de trabajo nos dan esta experiencia: el muchacho obrero entra en la fábrica con una gran ilusión: ser mayor, ser útil a la sociedad, tener más dinero y mayor independencia en sus diversiones del domingo, y por otro lado, aprender bien su oficio y poder ganarse bien la vida el día de mañana. ¿Cuánto le duran estas ilusiones? Por desgracia, muy poco (hablamos en términos generales. Hay sin duda excepciones). No se nos objete que se trata de experiencias reducidas a una sola empresa. Este hecho hemos podido constatarlo en otras importantes factorías. Hemos tenido también interés en confrontar nuestra opinión con la de otros capellanes y consiliarios. Por otra parte, reconocemos que la empresa donde hemos ejercido nuestro ministerio es quizá, dentro de sus deficiencias, una de las mejor montadas en este respecto, es decir, en el cuidado y atención de sus muchachos aprendices. ¿Cuáles son las causas de esta desilusión o pérdida de ideales? El problema es complejo: intentaremos examinar las que nos parecen más importantes:

1.º *La falta de preparación para la vida de trabajo.*—Nos referimos a la preparación próxima. El muchacho obrero entra en la fábrica sin otra preparación laboral que las noticias que él mismo ha podido recoger de sus compañeros mayores que "ya trabajan" y las escasas y parciales recibidas en el propio hogar; allí no se habla de otra cosa que de escasez de sueldo, horas extras, imposiciones de la dirección, turnos de trabajo.

En este punto no se nota diferencia alguna entre la enseñanza oficial (grupos escolares, escuelas graduadas) y la privada (academias particulares, colegios religiosos), ¿por qué? Nos parece que la razón pueda ser ésta: los mejores profesores de una y otra enseñanza no han sido nunca obreros, no conocen la vida obrera; por otra parte, no están entusiasmados por la vida del trabajo manual: conciben muchas veces la cultura como una redención del trabajo fabril. Esto hace que su empeño sea estimular al muchacho para que con su aplicación pueda alcanzar otros puestos que considera más honrosos dentro de la escala social, verbigracia, contables, escribientes, delineantes, etc. El muchacho no oye para nada hablar de la dignidad de la vida obrera, no conoce la finalidad del trabajo en el plan de Dios: ni su valor económico y social; no sabe las cualidades que se requieren para uno u otro oficio; ignora el mapa industrial de su región; no ha sido advertido de las dificultades que encontrará, ni de los medios con que habrá de superarlas; desconoce sus deberes y derechos (moral, profesional, legislación de aprendices); nunca fué informado de la historia de las luchas sociales, ni del estado de estas luchas en el presente... Todo ello le interesa, pues a partir de ahora es un productor

más, y muy pronto cristalizará en él, si bien quizá en forma un poco desviada, la llamada "conciencia de clase".

Nuestro propósito es ir señalando posibles soluciones a los problemas que presentamos. Es la parte más difícil de nuestro estudio.

Se ha montado en Madrid hace poco con carácter privado el "Servicio de preparación para el matrimonio". Nadie negará su utilidad. Nosotros mismos hemos podido constatar su eficacia en un ciclo de conferencias dadas para los jóvenes obreros de veinte a treinta años en la citada empresa. No es lo mismo; pero bien se podría tratar de crear un "Servicio de preparación para el trabajo", adaptado para aquellos adolescentes que se hallen en el último curso de su escolaridad. Los temas del cursillo podrán ser éstos: Sentido teológico de trabajo. Sentido económico y social. Tipos históricos de trabajo. Industrias de la región. Visitas a fábricas. Accidentes del trabajo. Centros de enseñanza profesional. Legislación laboral. Orientación profesional y dictamen psicotécnico.

En lo relativo al modo, no hay que olvidar la edad de los escolares, y por tanto la mayor parte del cursillo debería ser a base de proyecciones, láminas, dibujos, *films*. Método instructivo que hoy se usa corrientemente en la enseñanza catequética. Como es natural, concebimos este servicio como algo en principio bien pequeño y limitado, ejercitado en pocos centros escolares, y si se ve su utilidad, por sí mismo irá creciendo y desarrollándose.

2.º *Sentimiento de despersonalización.*—Quizá sea esta una de las causas que más influyen en la pérdida de ideales. El muchacho se da cuenta de que en el inmenso engranaje de la fábrica él es una pieza más y una pieza poco útil. Siente que no se le aprecia. En el colegio él tenía un valor: el profesor, en cierta manera, estaba a su servicio, se preocupaba de él. Ahora en la fábrica todo es muy distinto. Con él se presentaron un número bastante mayor de candidatos que de plazas disponibles; sabe que si por cualquier circunstancia tuviera que presentar la baja, sería substituído inmediatamente por otros solicitantes que están esperando ocupar su puesto; en una palabra, sabe que para la empresa él no representa nada, que no vale nada, que en los talleres hay exceso de mano de obra disponible. Tampoco tienen con él atenciones especiales (cuentan de aquel novato que se estuvo esperando varias horas junto al reloj de entrada esperando que alguien se ocupara de él), siente la sensación de frialdad, de indiferencia, de aislamiento. Su trabajo es enteramente impersonal; es un número que con el tiempo deberá fabricar un número de piezas determinadas, en un número de horas señaladas y por un número de pesetas también estipulado. Todo números. Allí sólo se utiliza y cotiza una parte mínima de su ser, y no la de mayor valor. El siente que tiene una serie de potencialidades más, que allí nadie aprecia, que nunca pondrá en uso: su iniciativa, su afectividad, su talento organizador;

todo se lo dan casi hecho... él *no tiene responsabilidad*. Al sentirse así el muchacho de 14-17 años, pierde todo respeto. Se masifica, se irresponsabiliza... Era, sin embargo, el momento psicológico más propicio para devolver su personalidad y para sacar a luz todos los recursos contenidos en su ser. Esta masificación parece un mal inevitable de nuestra época. Creemos, sin embargo, que se puede aminorar.

En toda Empresa de alguna importancia existen o deben existir algunos servicios asistenciales o marginales que o han sido establecidos por la ley, como los Jurados de Empresa, o bien debidos a la iniciativa privada: guarderías infantiles, comedores, escuelas, cooperativas. El regentar tales servicios está por encima de la capacidad y experiencia del joven obrero; pero no así otros servicios más elementales, como excursionismo, deporte, teatro, revistas, etc. Tales servicios son altamente educativos, siempre que la verdadera responsabilidad recaiga sobre ellos. Entonces se dan cuenta de muchas de sus posibilidades; comienzan a tener confianza en sí mismos y comprenden que han nacido para algo más que para "rascar hierro" en el taller, como dicen en su argot.

Con relación a los principiantes y su mejor acogida en los primeros días de trabajo, hemos visto en algunas fábricas un encargado especialmente designado para ello; hombre que sabía ganarse la confianza de los muchachos en poco tiempo, y que orientándoles en sus primeros pasos, llegaba a ser más tarde el confidente de todas sus dificultades y problemas. De tal persona guardarán los muchachos un recuerdo imperecedero, y ya operarios, seguirán visitándole con asiduidad.

3.º *Ambiente exterior*.—El ambiente influye sobre todo hombre, pero mucho más si el muchacho tiene 14 ó 17 años; es decir, cuando aún no hay criterios formados. De ahí la importancia del ambiente para toda labor educativa.

Lo que sea el ambiente será el educando... Y no queremos ser pesimistas, pero tal vez no pequemos de exagerados al decir que el ambiente de los talleres es el clima menos propicio para conservar los ideales e ilusiones profesionales de un muchacho adolescente. He aquí algunas frases que oye continuamente en el taller: "¿Crees que vas a heredar al dueño?" "Para lo que vas a sacar no sé por qué te afanas... trabajar doce horas para poder mal vivir una familia."

Por otra parte el muchacho quiere asimilar pronto su ambiente. No puede sufrir el tormento de su inferioridad. Quiere comportarse pronto como un obrero adulto, antiguo y experimentado. Copiará, pues, su mismo lenguaje y adoptará el mismo tono de derrota y desengaño.

A este mal no vemos otra solución que el aislamiento del muchacho en departamentos propios y en talleres particulares, y esto durante los dos o tres primeros años de aprendizaje. El choque con el

ambiente tendrá que llegar un día, pero es muy distinto experimentado a los 14-17 años que a los 16-18.

Por lo que hemos podido comprobar, son ya bastantes las fábricas que poseen estos departamentos aislacionistas. Implica, eso sí, generosidad por parte de la Dirección en destinar profesorado, material y maquinaria apropiado. Las Empresas suelen quejarse de no ser ellas las que se benefician de tales dispendios, ya que los muchachos mejor preparados suelen dejar la Casa después del servicio militar. Esto es cierto; constituye un problema difícil de solucionar, ya que por otra parte resulta muy obvia la actitud del muchacho casadero que se marcha en busca de un sueldo más capaz.

Lo que sí creemos no puede admitirse es que por falta de estos talleres de aprendizaje haya muchachos que hasta el tercer año de permanencia en la fábrica no hayan tocado una máquina ni mecanizado una pieza. En las Empresas en que esto ocurre se acostumbra necesariamente el muchacho a la vagancia y a los que ellos llaman "despistarse"; nacen en él hábitos de inactividad difíciles de corregir. Creemos que el Estado podría solucionar en parte estos inconvenientes con subvenciones periódicas a las Escuelas de Aprendices o reducciones de impuestos a las Empresas que las poseen.

4.º *Falta de tiempo para estudios complementarios.*—El muchacho que vale trabaja por salir de este ambiente; procura con todas sus fuerzas dejar de ser obrero; estudia en Escuelas nocturnas y Academias particulares. Los que tal hacen, conservan mejor su vida moral; pero son pocos los que perseveran. El esfuerzo es muy grande por falta de tiempo. Terminada la jornada de trabajo a media tarde han de salir rápidamente para sus centros de estudio, y allí permanecen dos o tres horas oyendo las explicaciones del profesor. Regresan a su casa hacia las once de la noche; han de cenar y ponerse a estudiar inmediatamente, cansados ya por el trabajo de toda la jornada. El estudio en estas condiciones se hace muy difícil. El consejo de dejar el estudio para las primeras horas del día siguiente es difícil de cumplir. Son pocos los que tienen la suficiente fuerza de voluntad para levantarse a las cinco o cinco y media y ponerse a estudiar una hora antes de salir para la fábrica.

Tienen el sábado por la tarde y el domingo libres, pero es poco tiempo, dado el número de problemas que han de resolver y de láminas que dibujar. Por otra parte es muy difícil hallar ocasión propicia; las casas son muy estrechas y molestan los hermanos pequeños, la radio y los propios padres; no es raro pues dejar todo el esfuerzo para los meses finales. A esto se añaden dos cosas: la inseguridad de que el título que pretenden, y que les es tan difícil conseguir, pueda resolverles realmente su vida; y el precio cada día mayor de los libros y matrículas, que les obliga muchas veces a desistir de sus propósitos. Obsérvense estos dos datos: en el mes de enero perseveran en las

Escuelas nocturnas aproximadamente la mitad de los que se inscribieron en octubre; y segundo, sólo concluyen los estudios y alcanzan el título un 10 por 100 de los que comenzaron.

Como solución a esta dificultad no vemos otro camino que la reducción de la jornada de trabajo para todos cuantos se hallen matriculados en Centros oficiales de enseñanza, y mejor aún, la posibilidad de aprovechar por una o dos horas los comedores de la fábrica como sala de estudio (en defecto de aulas especiales). Con esto se evitaría ese agobio de tiempo tan perjudicial también, por otra parte, para la salud de los muchachos, y se les facilitaría salas de trabajo que les son tan necesarias dado el reducido espacio de sus respectivos hogares. En Bélgica actualmente se tiende por el Movimiento Obrero Cristiano a la jornada de cinco días para el joven trabajador. Creemos sin embargo preferible la reducción de la jornada de trabajo, y el facilitarles estos tiempos de estudio, pues con ellos se evita el inconveniente de que los talleres queden sin aprendices las horas matutinas del sábado.

Estas son las causas que nos parecen más influyentes en el hecho que estudiamos de la pérdida de ideales del joven obrero. La enumeración no es ni mucho menos exhaustiva. Dejamos, como hemos dicho, de mencionar la influencia desmoralizadora de las diversiones, y algunas veces de la propia familia. Estudiar todo esto nos haría este trabajo interminable. Más nos interesa ahora considerar brevemente sus efectos en orden a su educación y a su formación moral.

Consecuencias.

Ese muchacho sin ideales, sin ilusiones, ya no se esfuerza. En su trabajo es profundamente abúlico, se masifica y despersionifica por momentos. Ahora busca en sus ratos libres una compensación a su felicidad, y la halla en la evasión imaginativa o en el vicio; y el círculo infernal comienza: porque el desgraciado se entrega al vicio, y por entregarse al vicio se siente cada día más desgraciado.

La evasión imaginativa la realiza por el cine y la novela. Es muy considerable el porcentaje de los que aprovechan todos sus tiempos libres para ir al cine. En una encuesta que realizamos el pasado curso, entre 400 muchachos de distintos talleres y fábricas, nos resultó la cifra de 84 por 100 los que frecuentaban asiduamente las salas de espectáculos en sus diferentes sesiones de cine.

Todos sabemos cuál es el influjo de tales espectáculos en el alma del adolescente obrero: se hacen imaginativos, soñadores; esperándolo todo no del esfuerzo personal, sino del azar. Buscan más tarde en la aventura amorosa algo que sea más real y práctico que el simple ensueño; y en esos juegos afectivos, que tienen a su edad tantísimos

encantos, encuentran compensación a la pérdida de ilusiones e ideales profesionales. No es ciertamente este camino el mejor medio de prepararse para aquella santísima vocación matrimonial que apuntábamos al principio.

Estas son las consecuencias y principales efectos entrevistados por nosotros en nuestros siete años de contacto con la juventud obrera. No sé si hemos pecado de pesimistas y hemos dejado a un lado aquella objetividad con la que nos proponíamos examinar la cosa. Considerada nuestra exposición nos parece que no. Con mucho gusto recibiríamos sin embargo cualquier experiencia o sugerencia contraria que se nos hiciese.

Conclusiones

Para concluir, diremos algo que tal vez pueda interesar a nuestros organismos rectores en lo que concierne a hallar una solución más eficaz de todos los problemas expuestos.

Estamos convencidos que la solución definitiva de los problemas morales y económicos de la juventud obrera ha de venir de la propia juventud obrera. Es imprescindible una reacción desde "dentro". El Estado, la Iglesia, la Dirección de las Empresas, podrán y deberán facilitarles el camino. Pero todo lo que no sea una reacción interna movida por "ellos" y dirigida por "ellos" es poco menos que inútil. "Ellos" no se moverán si no ven su "Obra". Su propia obra iniciada y dirigida por ellos. Nosotros, sacerdotes, estamos obligados a mostrarles el camino. En otras palabras, nosotros debemos hacerles descubrir a Jesucristo y con Jesucristo toda la grandeza de la vocación natural a la que han sido llamados. Esta es nuestra misión. El muchacho que ha descubierto este camino, necesita después ser ayudado y sostenido. Todo ello es obra de la gracia. Nosotros debemos ponerles en contacto con las fuentes sacramentales de la gracia; pero aquí acaba nuestra misión. El tiene, en cambio, un amplísimo camino que recorrer: organizarse, conquistar y enrolarse en la actividad social y política. Hay muchos objetivos que conseguir. No puede limitarse a una acción permanente apolítica y descarnada. ∴ esto en el apostolado obrero llevaría al desengaño y al fracaso más completo.

¿Acaso no hemos visto todos cómo insensiblemente se coloca el adolescente al poco tiempo de ingresar en la fábrica en el penoso dilema de seguir fiel a Cristo y a la Iglesia o de enrolarse en el movimiento obrero?

Esta es para nosotros la causa principal de la apostasía del 90 por 100 de nuestros jóvenes obreros. Ellos llegan a sentir que no pueden seguir siendo fieles a la vez a Cristo y a su clase social, porque se les presentan las cosas en términos enteramente contradictorios: "La Igle-

sia no es la Iglesia de la clase obrera, es la Iglesia del capitalismo, y ellos, en cambio, pertenecen a la clase obrera; deben, pues, aceptar otra fe otros intereses y otras esperanzas."

El muchacho obrero elige sin dudar y los que se resisten y quieren permanecer fieles a su fe (y aquí influye notablemente el espíritu religioso de su familia y la mentalidad más o menos obrera de los suyos), éstos, decimos, procuran dejar los talleres y secciones de fabricación y colocarse en las oficinas intermedias (delineantes, proyectistas, escribientes, contables), donde saben que se cotizan los valores religiosos o al menos no se les ataca abiertamente.

Ante este dilema el joven cristiano, que quiere permanecer siendo obrero, tiene necesariamente que presentarse ante los suyos con la proyección humana y social que se deriva de sus principios religiosos, y por otra parte, absolutamente justificada aún desde el punto de vista sobrenatural, pues se trata de defender el hogar cristiano (que como decimos es la vocación ordinaria del joven obrero). Hogar que requiere, como elementos primordiales, espacio (vivienda) y tiempo (horas de convivencia familiar incompatible con los turnos de 12 y 14 horas). Así expuesto nuestro objetivo, hemos visto en estos años surgir espléndidas vocaciones de jóvenes obreros con una generosidad inconcebible para los que les desconocen. Verdaderos dirigentes por su talento y entusiasmo. Ellos han sido nuestro más firme consuelo y esperanza; han trabajado con constancia para formarse; han asistido años enteros a Círculos de Estudios; se han formado, no en la demagogia, sino en el equilibrio y prudencia del pensamiento social cristiano; han hecho su apostolado y, lo que es más importante, se han acercado a Cristo y han acercado a otros a Cristo. En una palabra, han bebido con ansia el Evangelio y han procurado reflejarlo en sus vidas... Pero estos muchachos (esta es al menos mi experiencia) no pueden perseverar después de los veintitantos años de edad si no tienen una acción social seria y eficaz que cumplir. El hecho se nos ha presentado repetidas veces: "Padre, estoy perdiendo los mejores años de mi vida, y yo no veo qué puedo hacer, ni en qué puedo dedicar mis fuerzas para el mejoramiento social y religioso de mi clase trabajadora." A los veintitantos años ya no bastan organizaciones deportivas, ni servicios marginales; ha llegado el momento de dirigir a aquel joven hacia una acción sindical de envergadura. Aquel muchacho debe saber que puede trabajar, y debe seguir trabajando, en una acción social eficaz, y que sus años de preparación no han sido inútiles y sin objeto. Y no sólo él, los elementos más destacados que han venido luchando a su lado, y que han constituido "equipos" de influencia.

Si no se les abre estos horizontes el muchacho obrero (salvo casos heroicos, siempre raros) tendrá que abandonar todo y procurar atender a su vida privada e intentar "establecerse" para contraer matrimonio. Con ello hemos perdido vocaciones muy selectas, que hubieran

podido rendir mucho, de haber sido posible encauzarlas en una actividad determinada.

Este problema, realmente objetivo, ha sido causa de división entre los consiliarios obreros. Tres posiciones distintas se han adoptado:

1.^a *Oposicionista*.—Es el grupo que considera que no hay nada que hacer mientras no cambien las estructuras actuales. Su labor se reduce a formar militantes para el día de mañana.

2.^a *Marginal*.—Es el sacerdote de muchas cualidades y recursos humanos que se ha lanzado por su cuenta a crear cooperativas, viviendas, campamentos, hogares, escuelas y hasta sanatorios... Allí aplica a sus militantes; y sus obras, con más o menos penalidades, continúan su marcha.

3.^a *Colaboracionista*.—Es el consiliario que forma sus grupos convencido que dentro de la estructura actual (sobre todo si los Sindicatos pudieran actuar en los contratos laborales) hay mucho que hacer, y, por lo tanto, espera hallar la fórmula para aplicar toda esa savia nueva a los organismos existentes.

Tres posiciones perfectamente explicables.

Terminamos nuestro trabajo con esta breve síntesis, que facilitará su intelección:

1.º Los jóvenes obreros tienen una vocación altísima que realizar como jefes de los hogares obreros del mañana.

2.º Esta vocación requiere entusiasmo e ideal profesional.

3.º Este ideal se pierde por varias razones. Enumeramos las cuatro siguientes:

a) Falta de preparación. Remedio: orientación profesional.

b) Despersonalización industrial. Remedio: creación de servicios marginales en las Empresas..

c) Ambiente corruptor. Remedio: permanencia durante los primeros cursos de aprendizaje en talleres independientes.

d) Falta de tiempo para el estudio. Remedio: reducción de la jornada de trabajo.

4.º Los efectos de esta falta de ideales son el vicio y la evasión imaginativa.

5.º El remedio definitivo ha de venir de los propios jóvenes, lo cual requiere la formación de auténticos militantes.

6.º Los militantes no perseveran después de los veintitantos años por falta de una acción social determinada.

Creemos con esto haber expuesto lo sustancial de nuestras experiencias. Quiera el Señor que sirva de alguna orientación para aquellos que puedan ayudarnos.

ALBERTO LOSADA, S. J.